

Agenda

Magister en Estudios Superiores Iberoamericanos

La Casa de América de Madrid, en colaboración con la Universidad Complutense, ofrece un Magister en Estudios Superiores Iberoamericanos, que se imparte durante el año lectivo para alumnos que acrediten haber ingresado en la Universidad. Se aceptan las inscripciones entre el 1 de septiembre y el 10 de octubre.

Los estudios comprenden cuatro módulos obligatorios (América Latina contemporánea, política y sociedad; Introducción a la economía aplicada; América Latina en las relaciones internacionales, y Procesos de integración subregional) y dos optativos (Desarrollo y políticas de cooperación, y Desarrollo, políticas económicas e internalización).

Al finalizar el curso se entregan diplomas expedidos por la Universidad Complutense.

La Cátedra Sarmiento en Internet

La Cátedra Sarmiento, que funciona por convenio entre la Universidad de Salamanca y la Embajada Argentina y se especializa en estudios sobre el cita-

do país rioplatense, se incorpora a la Red Internet con la sigla <http://gugu.usal.es/sarmient/>

A través de esta página WEB se puede acceder a una serie de informaciones básicas sobre Argentina: organismos oficiales, medios de comunicación, cultura, universidades, economía-empresas, Mercosur, participación ciudadana, fundaciones ONGs, deportes y turismo. Igualmente se llega a una base de datos sobre actividades de argentinos en España o relativas a la Argentina en España.

La Biblioteca Hispánica

Dentro de la estructura de la AECI funciona la Biblioteca Hispánica, fundada en 1947 en la órbita del entonces existente Instituto de Cultura Hispánica y con base en la colección del Consejo de la Hispanidad. Cuenta en la actualidad con medio millón de piezas, entre libros y revistas, y se considera la más importante de Europa en su especialidad, junto con la del Instituto Iberoamericano de Berlín. Aparte de los medios corrientes de adquisición, ha incorporado las bibliotecas de especialistas en investigaciones sobre España y América: Antonio Graíño, sobre conquista y colonización; José de Velarde y Narea, sobre Filipinas; y José María Chacón y Calvo, sobre literatura e historia hispanoamericanas.

Entre los corresponsales de la biblioteca figuran la CEPAL, la OCDE, la OEA, el FLACSO y otros organismos interregionales, así como entidades bancarias y oficinas de estadística de los diversos países hispanoamericanos, además de 144 universidades del continen-

te. De los organismos puntuales que cooperan con la biblioteca cabe destacar el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, y el Colegio de México. Desde 1992 funciona en el mismo local la Biblioteca Islámica, dependiente del Instituto Hispano-Árabe.

El fondo de la maleta

El arquitecto Aldo Rossi

Se nos ha ido, como secuela de un accidente de automóvil, el arquitecto Aldo Rossi; su nombre sustenta ya un peso importante de la historia de la arquitectura contemporánea: en ella llegó a dibujar un marcado punto de inflexión.

Para cuantos nos formábamos en las Escuelas de Arquitectura españolas allá por la década de los setenta, el nombre de Aldo Rossi, su nueva arquitectura, sus sorprendentes dibujos —esa realidad *otra*— y su ideario acerca de la arquitectura y la ciudad, aquello que pronunciábamos en italiano como *tendenza*, se nos ofreció como una inopinada y luminosa revelación. ¿Cuál era la innovación de Rossi? ¿Por qué sus teorías cundían —como una buena nueva— entre los alumnos y los profesores de aquellos años?

En el complejo perfil arquitectónico de entonces, cuando —en paralelo a los últimos epígonos del Movimiento Moderno— la sustancia

de la arquitectura parecía desleírse en multiplicidad de materias (la lingüística, el urbanismo y la «zonificación», las nuevas tecnologías constructivas, la sobredimensionada variable de la economía...), irrumpió el nombre de Aldo Rossi vindicando con decisión el ser disciplinar de la profesión, enseñándonos a volver a mirar los elementos de la arquitectura y, a partir de ahí, a reparar, por encima de la «urbanística», en el concepto arquitectónico de «ciudad».

Su célebre libro *L'Architettura della città*, publicado en 1966 —muy tempranamente traducido al español— constituyó una indeleble marca en toda una generación de arquitectos; en él establecía una nueva visión del hecho urbano: reivindicando el papel urbano de la arquitectura reafirmaba, correlativamente, el fundamento arquitectónico de la ciudad. Rossi, con rigurosa formación intelectual y desde una lim-

pia dialéctica marxista, analizó en este ya histórico texto el fenómeno complejo y global de la ciudad; la ciudad como un todo, en el que se establecen complicadas relaciones, pero que, en su base primordial, es una cuestión de arquitectura.

Las consecuencias de su método de análisis fueron enormes. Si bien su obra construida y proyectada está en perfecto acuerdo a su pensamiento, Rossi no pretendió ofrecer un *estilo* arquitectónico alternativo al derivado del Movimiento Moderno, sino, más bien, un proceder que reclamaba la reconsideración de aspectos capitales, postergados desde tiempo atrás: la correspondencia de la arquitectura con la construcción, con la memoria y el valor semántico, con el lugar –el *locus*–; prueba de ello: las distintas escuelas *rossianas*, que con rapidez proliferaron, propendieron no tanto a imitar la morfología de la concreta arquitectura de Rossi (ese –verbigracia– «poner aspas» en los alzados) cuanto a profundizar en la dialéctica que su método –tanto expuesto en su obra como en sus textos– conllevaba.

España fue uno de los lugares en que con mayor rapidez y calor se abrazaron las teorías de Rossi. En los setenta, grupos de jóvenes arquitectos, en torno a las distintas Escuelas de Arquitectura de la geografía española, constituyeron verdaderos núcleos en que desarrollaban con entusiasmo los principios de Rossi (el grupo catalán –en torno

a la revista *2C Construcción de la ciudad*, capitaneada por Salvador Tarragó–, el grupo andaluz, el gallego, el vasco, el madrileño); a partir de esos principios se concibieron muy disímiles arquitecturas (disímiles entre sí y disímiles también con respecto a la propia de Rossi) que propiciaron en buena parte el espléndido panorama de la arquitectura española de los ochenta.

El entonces muy joven Rafael Moneo fue un significado difusor de las ideas *rossianas*: ¿no es acaso su célebre *Bankinter*, edificio con el que marcó un claro giro a la arquitectura española del momento, una obra que –aunque nada *rossiana* en su apariencia formal– bebe directamente –su entendimiento de la ciudad heredada, su sentido de la construcción, su semántica de la arquitectura– en la fuente misma del pensamiento de Rossi?

La nueva sensibilidad hacia la ciudad histórica que se despertó en esos años, y propició una mejor conservación de nuestras ciudades, tuvo una apoyatura cierta en las teorías de Rossi. Como consecuencia directa de la dimensión arquitectónica que Rossi otorgara a la ciudad empezaron a abrirse camino conceptos –tales como la propia *construcción* histórica de la ciudad, la permanencia y memoria de lo urbano– que hoy se nos ofrecen muy claros, pero que no siempre lo fueron.

Es en el valor de permanencia de la ciudad histórica donde encontró

Rossi la posibilidad de fundir –en su realidad autónoma y disciplinar– la experiencia arquitectónica de todos los tiempos, de sentir (y en ello se remite a Lavedan –uno de los grandes nombres *apartados* que él se atreviera a recuperar–) la presencia del pasado; el pasado que –todavía– podemos experimentar en el presente y llega a tener un punto de futuro.

Hilvanando en una ocasión su proyecto de escuela en Varese con su famoso cementerio de Módena, la casa de la infancia –proponía– frente a la de la muerte, trajo Rossi a colación la afirmación de un personaje de Shakespeare: «Yo no soy ni joven ni viejo, sino como quien, adormeciéndose en la tarde, sueña a la vez en ambas estaciones»; la presencia imbricada de pasado y futuro, de memoria y presciencia, cuadra exactamente a la condición de Rossi, quien, disfrutando como propia de la arquitectura *viva* de los tiempos pretéritos, supo sentirla como algo hasta cierto punto fuera de la historia, como un continuo presente.

Había nacido en Milán, en 1931; en el Politécnico de esta ciudad realizó sus estudios de arquitectura, compaginándolos con el trabajo junto al gran Ignazio Gardella. Rompió con fuerza en el panorama profesional, y en seguida –con construcciones tan contundentes como la unidad residencial de Gallarate en Milán (1969) o el *metafísico* cementerio de Módena (1971)– dejó materializado su modo de pensar la

arquitectura; en sus últimos años, ya consagrado y con un sentido evolucionado, su quehacer profesional se extendió por todas las latitudes (Europa, EE.UU., Japón). En España, aun elaborando distintos proyectos, sólo llegó a realizar –en colaboración con César Portela– el del Museo del Mar, en Vigo; construcción ésta –actualmente inacabada– que establece un vivo debate entre la arquitectura y el mar en ese *finis-terrae* que tanto le llegara a conmovir.

Llevó una activa vida académica en distintas universidades europeas y americanas. Obtuvo en 1990 el premio Pritzker, el Nobel –diríamos– de la arquitectura. Los grandes maestros que animaron su arquitectura: Tessenow, Loos y Mies van der Rohe.

Proyectó y construyó edificios que hoy se estudian en todos los libros de historia de la arquitectura; disfrutó conociendo ciudades y enseñó a verlas –con ojos nuevos– a enteras generaciones de arquitectos; realizó un sinfín de dibujos y pinturas que –tan eficazmente como su arquitectura– difundieron su ideario; desde su hondura intelectual y humanista reflexionó acerca de la arquitectura y la ciudad, y dejó una amplísima y densa bibliografía.

Rossi ha sido esa figura que hoy en día se da tan raras veces (Venturi sería otro caso, en paralelo), capaz de expresar un congruente discurso teórico acerca de la arquitectura; se